

—Mirad a la vieja Moan, que va borracha!—
gritaban los chiquillos, viéndola que se había caído
al suelo.

Era justamente a la entrada de la aldea de Plou-
bazlanec. Sobreponiéndose a su aniquilamiento
moral y físico, había encontrado fuerzas para le-
vantarse y seguir su marcha, cojeando, como Dios
le daba a entender.

—¡La vieja Moan, que ha pillado una borra-
chera!—seguían gritando los chiquillos insolentes,
riéndose de ver que llevaba la cofia puesta al
revés.

Pero cuando los chicos la miraron de cerca y
observaron aquella mueca de desesperación senil,
se volvieron sobrecogidos, no atreviéndose ya a
perseguirla con sus burlas.

Ya en su casa, y con la puerta cerrada, pudo
dar rienda suelta al dolor que la ahogaba, y se
dejó caer en un rincón con la cabeza apoyada con-
tra la pared.

Gaud, que había venido a informarse, la encontró tirada en el suelo, con el blanco cabello colgando y pérdida en sollozos quejumbrosos de niño pequeño. Casi no podía llorar; las viejecitas de su edad no tienen ya lágrimas en sus ojos.

La pobre anciana no supo más que decirle:

—¡Mi nieto ha muerto!

Y le echó sobre las rodillas las cartas, los certificados y la cajita con la medalla.

Gaud recorrió con la vista los papeles y se arrodilló para orar.

Las dos mujeres permanecieron allí juntas, emudecidas, abismadas en su dolor, hasta entrada la noche.

Aquel largo silencio fué sólo interrumpido por estas palabras de Gaud a la señora Moan:

—Yo me vendré a vivir con vos, abuelita; traeré mi cama, que es lo único que me han dejado, y velaré por vos, os cuidaré, no estaréis sola...

A su verdadera pena por la pérdida del compañero de su infancia, se mezclaba a su pesar el recuerdo de otro ser querido; del que a aquella misma hora pescaba en Islandia, en el crepúsculo sin fin.

¿Lloraría Juan también la muerte de Silvestre, cuando llegara a su conocimiento la infausta nueva? Debía creerlo así, puesto que los dos se amaban... Y en medio de sus propias lágrimas, se preocupaba mucho de esto, tan pronto sintiéndose indignada contra aquel hombre de carácter duro e

indómito, tan pronto enterneciéndose a su recuerdo, a causa de aquel dolor que él iba también a experimentar, y que ella consideraba como una especie de aproximación entre los dos: en fin, con el corazón lleno de él..

Era una tarde de agosto, cuando llegó a bordo de la *María* la carta que anunciaba a Juan Gaos el fallecimiento de su amigo. El día había sido de ruda maniobra y excesiva fatiga, y los marineros estaban deseando bajar a la camareta para cenar y acostarse.

En aquel reducido zaquizamí de tablas, a la luz amarillenta de la lámpara, fué donde Juan leyó la funesta misiva. La impresión que en el primer momento le produjo fué de insensibilidad, de aturdimiento, como de no haber comprendido bien lo que le decían. Muy reservado en las cosas que afectaban a su corazón, por su carácter orgulloso, escondió la carta en su camiseta azul, contra su pecho, sin decir nada a los compañeros.

Juan era de las personas en quienes el dolor se reconcentra y carece de manifestaciones exteriores. Así, pues, sin dar siquiera explicaciones a los demás, dijo que no tenía ganas de cenar, y se acostó, cayendo a poco en un profundo sueño.

Una pesadilla, en la que veía desfilar el entierro de Silvestre, turbó las horas de su reposo...

A la aproximación de la media noche, cuando

se encontraba en ese estado de espíritu peculiar a los marineros, que tienen conciencia de la hora cuando están sumidos en el sueño, y que sienten venir el momento en que han de despertarles para hacer su *cuarto*, asistía todavía con la imaginación al fúnebre acto del entierro. Una voz recóndita le decía que soñaba, y sentía un vago deseo de despertarse para librarse de aquella visión obstinada.

Pero cuando sintió el contacto de una ruda mano que se posaba sobre sus espaldas, y que una voz varonil le decía: "¡Arriba, Gaos, que es tu hora!", oyó sobre su pecho un ligero ruidito de papel arrugado, pequeña música siniestra que afirmaba la certeza de la muerte. Era la carta, cuyo contenido, por desgracia, no dejaba lugar a duda. ¡Luego era verdad! Y entonces su dolor fué más vivo, más cruel, al encontrarse frente a frente con la penosa realidad.

Juan se vistió silenciosamente, y abriendo la escotilla, subió sobre cubierta para reanudar sus faenas de pescador.

* * *

Cuando estuvo arriba, miró en torno suyo, con ojos todavía algo adormilados, el círculo familiar de las aguas.

No era completamente de noche: el mar estaba débilmente iluminado por un resto de luz difusa que no parecía venir de ninguna parte. En lo alto había nubes que se confundían las unas con las

otras, para no formar más que un gran velo. Pero allá abajo, en un punto del cielo cercano de las aguas, fingían una especie de fantasmagoría que se destacaba más distinta; algo como un dibujo informe trazado por una mano distraída, combinación casual, fugitiva, destinada a desaparecer en un momento. Y, sin embargo, ella sola parecía significar alguna cosa en todo aquel conjunto gris sin expresión; hubiérase dicho que el pensamiento melancólico, intangible, del triste vacío que abarcaba la vista, estaba allí inscrito.

Juan, a medida que sus pupilas móviles se habituaban a la oscuridad exterior, iba mirando con más fijeza aquella desgarradura única de las nubes, que afectaba la forma de un hombre que se deja caer al suelo, con los brazos en cruz.

Su imaginación le hacía ver una realidad humana en aquel accidente casualísimo. Cuanto más contemplaba la nube, más se sentía invadido por una angustia profunda, llena de lo desconocido y de lo misterioso, que le helaba el alma: ahora comprendía, mucho mejor que antes, que ya no volvería a ver nunca a su hermano adoptivo, y la pena que con tanto trabajo había ido penetrando en su corazón, hundía en él su puñal como si penetrara en blanda cera. Creía ver el rostro bondadoso y simpático de Silvestre, con sus cándidos ojos de niño; fingíase que le abrazaba, y sentía entonces como un velo que caía súbitamente entre sus párpados, a pesar suyo, sin que pudiera explicárselo, porque nunca le había acontecido llorar en su vida

de hombre. Pero esta vez las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, a la par que profundos sollozos levantaban su pecho en convulsivo hipo.

Y continuaba pescando sin perder su tiempo ni proferir una palabra, mientras sus otros dos compañeros, que le escuchaban en silencio, hacían como que no le oían, por temor de irritarlo, conociendo la altanera reserva de su carácter.

En su fuero interno, Juan opinaba que la muerte ponía fin a todas las cosas.

Cuando se presentaba la ocasión, se asociaba a las plegarias que se hacen en familia por el reposo de los difuntos; pero lo hacía por respeto a sus padres, y no porque él creyese de modo alguno en la inmortalidad de las almas.

En sus conversaciones entre marinos, todos ellos afirmaban la misma opinión, de una manera breve y segura, como cosa bien conocida de cada cual; lo que no les impedía sentir una aprensión vaga de los fantasmas, un miedo supersticioso de los cementerios, una confianza extremada en los santos e imágenes que protegen, y sobre todo, una veneración innata hacia la tierra bendita que rodea las iglesitas de su país.

He ahí por qué Juan temía por sí mismo perecer en el mar, como si en sus abismos la muerte fuese más la desaparición de todo, y por qué se desesperaba más sombríamente a la idea de que Silvestre reposaba en aquella tierra lejana que él nunca había pisado.

Aquel día no se veían por parte alguna tonos rosados de aurora; todo era lívido y triste.

Las lágrimas de su agreste amigo, y la gran melancolía de las cosas, eran el aparato de duelo desplegado en honor del pobre héroe oscuro, sobre aquellos mares de Islandia donde había pasado la mitad de su vida.

.....

* * *

Cuando vino el pleno día, Juan enjugó bruscamente sus ojos con la manga de su camiseta de lana, y cesó de llorar, pareciendo absorberse por completo en el trabajo de la pesca, en el vaivén monótono de las cosas reales y presentes.

Los brazos de todos los tripulantes bastaban apenas para recoger la multitud de peces que picaba en los anzuelos.

En torno de la *María*, en los fondos inmensos del cuadro, verificábase ahora una nueva mutación rápida, como en los teatros donde se hacen funciones de magia. El gran desarrollo de infinito del amanecer había terminado, y ahora, por el contrario, los términos lejanos parecían estrecharse, replegarse sobre sí mismos. El horizonte, poco antes desmesurado, veíase ahora muy cerca, limitando considerablemente el espacio. Llenábase el vacío de velos tenues que flotaban, vagos los unos como vapores, de contornos franjeados los otros. Veíaseles caer flojamente, en un gran silencio.

como muselinas blancas sin peso alguno, que por todos lados iban cerrando el espacio con una inmensa cortina.

Era la primera bruma de agosto que se levantaba. En algunos minutos el blanco sudario se hizo uniformemente denso, impenetrable; en derredor del barco no se distinguía ya más que una palidez húmeda, en la que casi se perdían los perfiles de la arboladura.

Los tripulantes de la *María*, como todos los pescadores islandeses, conocían de antiguo la bruma, compañera inevitable del segundo período de la estación de pesca, que les anunciaba la época del próximo retorno a Bretaña.

La pesca marchaba superiormente; nadie hablaba, para atender mejor a sus anzuelos. A cada instante sentíanse caer a bordo gruesos bacalaos, que se agitaban rabiosamente sobre las tablas de la cubierta, golpeándolas con la cola; todo estaba salpicado de agua del mar y de finas escamas plateadas que se desprendían del cuerpo de los peces en sus movimientos desordenados. El marinero encargado de abrirles el vientre con su gran cuchillo se cortaba los dedos en su precipitación de dar abasto al trabajo, y su sangre roja se mezclaba a la salmuera de los barriles.

XXVII

Por espacio de diez días estuvieron envueltos en la bruma espesa, sin ver nada. La pesca continuaba siendo buena, y la actividad del trabajo no dejaba paso al aburrimiento.

De vez en cuando uno de los marineros soplabá en una trompa de cuerno, de donde salía un bramido análogo al de un animal salvaje. A veces, del fondo de las brumas blancas salía otro bramido lejano, que respondía al de la *María*. Entonces redoblábase la vigilancia. Si el ruido se aproximaba, todos los oídos se tendían hacia aquel vecino desconocido, que no podían distinguir en la cerrazón de la niebla, pero cuya presencia cerca de ellos constituía un peligro. Hacían entonces conjeturas sobre él; convertíanlo en una ocupación, en algo que les distraía, y los ojos de todos se esforzaban ansiosamente por penetrar las impalpables muselinas tendidas en el aire.

Luego, sentíase que el vecino desconocido se alejaba; los bramidos de su trompa se extinguían poco a poco hasta perderse, y volvían a encontrarse solos, en el silencio de aquel infinito de vapores móviles.

Cada mañana se echaba una sonda para conocer la altura de las aguas, por temor de que la *María* se aproximase demasiado a los bajos de la isla de Islandia; pero todos los cordeles de a bordo, atados unos a otros, no conseguían tocar al fondo del mar. Estaban, pues, *al largo*, flotando en aguas profundas.

Juan había recobrado sus maneras habituales de ser. como si no le hubiera pasado nada; hasta se mostraba comunicativo alguna que otra vez, y aun solía acontecerle, por la noche, cuando estaban sentados a la mesa en la estrecha camareta presidida por la Virgen de barro, reír de las cosas graciosas que referían los otros.

Pero eran raros estos casos. Tal vez pensaba un poco en aquella Gaud, rica antes, pobre y abandonada ahora; quizá también le pesaba el recuerdo del amigo querido, cuyo luto llevaba en el fondo de su corazón... Aquel corazón de Juan era una región virgen, difícil de gobernar, poco conocida, en la que pasaban cosas que nunca se revelaban al exterior.

Una mañana, hacia las tres de la madrugada, mientras soñaban tranquilamente bajo su sudario de bruma, oyeron como un rumor de voces humanas, cuyo timbre parecióles extraño y desconocido. Los que en aquel momento estaban sobre el puente se miraron unos a otros, preguntándose con la vista:

—¿Quién es el que ha hablado?

Nadie había pronunciado una palabra; era indudable que las voces venían del exterior.

Entonces, el encargado de tocar la trompa de aviso, que había descuidado sus funciones desde unas horas antes, se precipitó sobre su instrumento, en el que se puso a soplar con toda la fuerza de sus pulmones.

Y como si aquel sonido salvaje hubiera sido una evocación, una gran sombra imprevista, se dibujó amenazadora delante de ellos en el denso cortinaje de brumas, y pudo verse que la sombra tenía arboladura, vergas, jarcias; todo un contorno de buque que se había dibujado súbitamente en el aire, como esas fantasmagorías que crea la reflexión de una linterna mágica sobre un lienzo extendido. Y a bordo de aquel barco, inclinados sobre la obra muerta, casi tocándoles, había otros hombres que les miraban con ojos muy abiertos, en un brusco despertar de espanto y de sorpresa.

Los tripulantes de la *María* se apresuraron a coger remos, bicheros, palos de repuesto, todo lo que hubieron a mano, para tener a distancia a aquel peligroso visitante que se les echaba encima. Y los otros, presa del mismo temor, alargaban por su parte análogos utensilios para rechazar el casco de la *María*. Pero no hubo más que un ligero crujido en las vergas, encima de sus cabezas, y los aparejos, un instante enganchados, se desprendieron instantáneamente el uno del otro por sí mismos, sin que se produjera la menor avería. El choque había sido tan suave, tan débil, que

hubiérase creído que aquel otro barco no era una masa sólida, sino desbalazada y sin peso.

Entonces, pasada la primera impresión de temor, los marineros de ambas embarcaciones prorrumpieron en risas, reconociéndose unos a otros.

—¡Ah de la gente de la *María*!

—¡Ah de vosotros!

—¡Hola, Gaos, Laumec, Germeur!

La aparición era la *Reina Berta*, capitán Lawoer, también de la matrícula de Paimpol, y todos los que la tripulaban eran amigos y conocidos de la *María*; gente de Ploudariel, de Ploures o de Plounerin.

—¿Por qué diablos no tocáis vuestra trompa, hato de brutos?—decía Lawoer.

—¿Y por qué no tocabais vosotros la vuestra, banda de piratas?—contestaba Germeur, bromeando con su colega de la *Reina Berta*.

—¡Ah! En cuanto a nosotros... es diferente; nos está prohibido hacer ruido.

Lawoer dió esta contestación con un aire de misterio, y acompañándola con una sonrisa tan extraña, que más de una vez los de la *María* hicieron comentarios sobre ella.

Y en seguida, como si temiese haber dicho demasiado, agregó esta otra broma:

—La trompa nuestra la ha reventado este animal, a fuerza de soplar en ella.

Y señaló a un marinero que parecía un tritón puesto de pie, demasiado bajo y demasiado ancho, con unas piernas muy cortas, y un aspecto a la

vez grotesco y siniestro en su forzuda deformidad.

La conversación se generalizó entre los tripulantes de los dos barcos, mientras llegaba un soplo de brisa que los apartase uno de otro. Se veían como a través de gasas blancas, y hasta el ruido de las voces, con estar tan cerca, llegaba a sus oídos como lejano y amortiguado.

Mientras tanto, Juan no podía separar sus ojos de uno de aquellos pescadores, un viejecillo pequeño, a quien estaba seguro de no haber visto jamás en ninguna parte, y que, sin embargo, le había dicho en seguida con un aire de antigua intimidad:

—¡Hola, *Juanote*!

El viejecillo aquél tenía la fealdad irritante de los micos, con sus guiños de malicia en sus ojos de mirada penetrante.

—A mí me escriben—decía Lawoer, el patrón de la *Reina Berta*—la muerte del nieto de la vieja Ivona Moan, de Ploubazlanec, que estaba en la escuadra de China. ¡Qué lástima de muchacho!

Al oír esto, los de la *María* se volvieron hacia Juan, como preguntándole si tenía conocimiento de la desgracia.

—Sí—contestó con voz sorda y afectando un aire altanero e indiferente—; me lo decían en la última carta que recibí de mi casa.

Le irritaba la curiosidad de los otros por saber hasta qué punto le había hecho impresión la muerte de su mejor amigo.

—También me dice mi mujer—continuaba

Lawoer—que la hija del Sr. Mével ha dejado la ciudad para habitar en Ploubazlanec y cuidar a la vieja Moan, su parienta lejana; ahora trabaja, y va a coser a las casas para ganar su vida. Siempre he tenido la opinión de que era una muchacha honrada y animosa, a pesar de sus moños y de sus humos de señorita.

Nuevamente se dirigieron todas las miradas a Juan, que se puso muy encarnado.

La apreciación de Lawoer sobre Gaud terminó la conversación con las gentes de la *Reina Berta*, a quienes ningún ser viviente debía volver a ver jamás. Un soplo de la brisa alejó los dos barcos, y la *Reina Berta* desapareció bruscamente entre la bruma, como se borra una sombra chinesca cuando se apaga la lámpara del transparente. Los de la *María* se despedían de ellos a grandes voces, pero nada respondía a sus gritos más que una especie de clamor burlón, terminado por un gemido que les hizo mirarse con sorpresa.

Aquella *Reina Berta* no regresó al puerto con los demás barcos islandeses. Y como quiera que otro barco, el *Samuel Azénide*, encontró en un fiord su castillo de popa con un pedazo de quilla, renunciaron a esperarla más: en el mes de octubre, los nombres de todos los que la tripulaban fueron inscritos sobre placas negras, incrustadas en las paredes de la iglesia.

Pero lo extraño era que desde aquella última aparición, cuya fecha retuvieron bien los pescadores de la *María*, hasta la época del regreso, no

había reinado en los mares de Islandia ningún mal tiempo peligroso, mientras que, por el contrario, tres semanas antes, una borrasca del Oeste había arrebatado varios marineros y hecho zozobrar dos barcos. Recordaron entonces los extraños incidentes del encuentro y la sonrisa misteriosa del patrón Lawoer, cosas que dieron materia a muchas conjeturas. Más de una noche Juan creyó ver en sueños al marinero que guiñaba los ojos a la manera de los micos, y todos los navegantes de la *María* tuvieron por cosa cierta que aquella mañana estuvieron hablando con apariciones del otro mundo.